



Luz Rodríguez Carranza
No hay plazo que no se cumpla. Ética de un exilio
Santa Fe
Vera Cartonera
2024
56 páginas

PALABRAS CLAVE: EXILIO — TESTIMONIO — DICTADURA ARGENTINA — CRÍTICA LITERARIA
KEYWORDS: EXILE — TESTIMONY — ARGENTINE DICTATORSHIP — LITERARY STUDIES

La ética de un exilio

Joaquín Correa¹

Inmediatamente debajo, en un tamaño de letra menor, del título del texto, *No hay plazo que no se cumpla*, editado en 2024 por Vera Cartonera (el proyecto del Centro de Investigaciones Teórico-Literarias de la Universidad Nacional del Litoral que llevan adelante Analía Gerbaudo y colaboradores), pero inmediatamente arriba del nombre de su autora, Luz Rodríguez Carranza, aparece el subtítulo: “Ética de un exilio”. Estamos, entonces, con este texto publicado dentro de la colección *Testimonios*, dirigida por Daniela Gauna, y que se describe breve pero certeramente como “Huellas ante el olvido”. Luz Rodríguez Carranza entrega la narración de su vida, de su exilio y el después, según o a través de la forma de una ética que, como enumera el Diccionario de la Real Academia Española, podríamos pensar en sus sentidos 4 o 5: “Conjunto de normas morales que rigen la conducta de la persona en cualquier ámbito de la vida”, “Parte de la filosofía que trata del bien y del fundamento de sus valores” (2025). La narración de una vida del bien y como un

¹ Doctor en Letras, Profesor del Curso de Letras Estrangeiras, UFSC. Mail de contacto: joaquin_medio@hotmail.com

bien, la descripción, a través de un número extenso de trajines y peripecias, de ciertas normas morales o, tal vez y mejor, éticas, que rigieron su conducta (y las consecuencias de ello) pueden ser, quizás, las aristas más visibles de la escritura que se nos ofrece.

Roxana Patiño firma el prólogo del texto, “Un testimonio *fiado*”, “fiado” escrito con cursivas. La primera frase deja algo muy en claro: ambas comparten el estupor causado por el “estallido sordo” (2024: 3) de la desaparición de sus hermanos: la hermana de Luz desapareció en octubre de 1976, el hermano de Roxana desapareció en octubre de 1975. El derrumbe que ese estallido puede causar, además de la consecuente sordera, no debe verse, ni mucho menos escucharse, anota allí, como una máxima impuesta al superviviente. Una retrospectiva de Roberto Jacoby montada por Ana Longoni en el Reina Sofía, hace 15 años, llevaba por título *El deseo nace del derrumbe*. Pongámoslo entre signos de interrogación ahora: ¿el deseo nace del derrumbe? ¿Quedarse o irse es parte del deseo? Irse queriendo quedarse y quedarse queriendo irse eran dos alternativas inmediatas. Pero esa sordera, puro trauma, confiesa Roxana Patiño, trajo la mudez, una extensa mudez cuya ruptura es, de modo ejemplar, este libro. La clave de lectura, para Patiño, se descubre allí cerca: en “la angustia del testigo del horror del que no puede hablar en nombre propio. Allí está la marca del otro cuya voz no está, entonces tampoco la nuestra” (2024: 3). ¿Qué historia, entonces, será contada, la del ausente o la propia, cargando la ausencia en el cuerpo? Y, también, ¿con qué voz, con la propia o con la modulación del ausente habitando esa que creemos y juramos será la propia? Retomando el inicio del prólogo, podríamos aventurar que escucharemos una voz estallada.

Este texto narrativo llega después de varios libros y artículos de crítica y teoría literaria que Luz Rodríguez Carranza (nacida en Córdoba, doctorada en Letras Románicas en la Universidad de Lovaina, Bélgica, profesora emérita de Literatura Latinoamericana de la Universidad de Leiden, Países Bajos, y profesora en diversas universidades en Bélgica, España, México y Brasil) ha publicado a lo largo de los años. Son, continúa afirmando Roxana Patiño, el mismo texto, tretas del débil, modulaciones de un mismo “obstinado *ritornello* que va trazando un territorio” (2024: 4). De allí también ese testimonio fiado, como siempre pospuesto, como al fin confiado.

El testimonio de Luz Rodríguez Carranza arranca con la consignación de la fecha precisa de la desaparición de su hermana Manú: “Mi exilio empezó pocos meses después de la desaparición de mi hermana Manú el 30 de octubre de 1976 y las dos posibles historias fueron siempre una sola, que nunca pude escribir” (6). Y la (im)posibilidad de escribirlo, al testimonio, al exilio, al relato del testimonio y del exilio. Quedarse e irse. Y allí está la marca que da nombre, en plural, al primer capítulo: la marca del que no puede hablar, retomando a Primo Levi, en nombre del

otro ni en nombre propio, del ausente ni de su superviviente, la marca de esa muerte en todas las muertes futuras. Pero en Luz, a diferencia de otras voces, y porque esa otra-voz que se ha cargado tanto se ha sabido in-corporar, el relato está lleno de humor, de un sentido del humor muy particular —compartido con su hermana desaparecida—, porque refleja el deseo en tanto decisión de vivir, de hacer del exilio no tanto un pasaje sino un lugar que habitar —“No se fuga uno para atrás / Se fuga uno para adelante”, cantaba Gabo Ferro en (¡precisamente!) “Soy todo lo que recuerdo”, incluida en *Boca arriba*, su disco del 2009—, sin pátinas *new age* ni verbos en infinitivos de la resiliencia, de un sentido del humor, en definitiva, picaresco.

El relato es y no es cronológico, dado que el hecho con que comienza irrumpe y no deja de irrumpir, interrumpiendo la linealidad de la frase, retrotrayéndola o proyectándola hacia el futuro. Las lecturas, por ejemplo, están dentro de ese territorio nombrado por Roxana Patiño en que los espantos —escombros del estallido, voces de lo estallado— aparecen. Y, la fuerza de esa narración, porque de una narración en el más fiel estilo benjaminiano se trata, no permite detenerse en el camino, en lo hecho, en lo leído, “sino contar lo que recuerdo, lo que arde, probablemente mal digerido” (7). La literatura se lee desde esa marca, que marca y remarca cada texto y, aún más, la memoria de los textos. Con ese ímpetu surge lo fiado, la deuda por los deudos y, acto seguido, tras la búsqueda de archivo, la fuente, *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, de Tirso de Molina, que trae la continuación de la frase como una sentencia: “no hay plazo que no se cumpla (...)”, sentencia que Luz asesta cada vez que algún genocida es juzgado o condenado en Argentina. He allí de donde surge —repito: porque es efectivamente un surgimiento— el título del texto: «No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. ¡Qué largo me lo fiáis!» (8). Y su ética: en los plazos, en la deuda, en los pactos.

El segundo capítulo es “Manú”, la historia de la militancia de izquierdas en Córdoba, la reflexión sobre los acuerdos y desacuerdos con los compañeros, y la reconstrucción de la vida de su hermana, y de ese momento que, como un aleph, concentra en sí toda la desgracia del mundo. Las lealtades de Manú la pintan de cuerpo entero, como pintan de cuerpo entero a quienes estuvieron cerca y tuvieron otras lealtades: el primo que la hospedó en Buenos Aires y era policía de la federal, su pareja de aquel entonces, que prefirió la lógica de la organización a la del afecto, el compañero que, en la tortura, delató para seguir con vida. Al final, cierra un párrafo, luego de buscar entender esas otras lógicas, diciendo: “Esa explicación no sirve. No hay ninguna lógica para el horror” (15).

En el medio, interrumpiendo, volviendo y revolviendo, cual *ritornello*, surgen los portazos que LRC dio en su vida, *vlan*, este, ese y aquel, *vlan*, “no-me-quieren-me-voy” (43), más acá o más allá en el tiempo cronológico abarcado por el

capítulo, partes todas de esa ética que se adelantó en el subtítulo y que aquí aparece como la decisión intempestiva de abandonar si no se es querida. Como complementando, dirá más adelante, en medio de la recuperación de sus amistades de su infancia: “Nunca me enteré de nada que no me interesara directamente, la verdad” (30).

Muy cerca del humor está la lucidez con que se lee lo escrito, lo inmediatamente escrito. Y hasta la recuperación de algunas formas de hablar, sedimentadas por capas históricas de la lengua, incluso de la articulación de los nombres, delicia de la lengua popular rescatada jocosamente. Está el ritmo de la lectura, de un lado, y la lectura del ritmo, del otro: las repeticiones, bien lo sabe quien leyó mucho psicoanálisis, no son ingenuas. De allí que, al repetir, en diversas conjugaciones, el verbo “torturar”, refiriéndose a la lactancia materna, en pocas líneas, lo subraye y se detenga en eso, como quien tira del hilo para ver hasta dónde llega o, quizás, de dónde viene. Después de notarlo, viene la reflexión y en la marca de la culpa se encuentra la carga mental.

En la culpa, en cierto modo, se puede encontrar ese andar concéntrico del texto: ese ir y venir, mirar y remirar una escena, intentar entender, construir, destruir y reconstruir una secuencia de hechos están motivados por la historia contra fáctica del qué hubiera sido si el movimiento hubiera sido distinto, apenas otro. Aunque, después de años y puesta a escribir, esa culpa ya se ha investigado, sopesado y, por fin, aliviado bastante, porque se ha procesado: nadie puede gobernar la voluntad, el deseo ajeno. Y, escribe Luz Rodríguez Carranza, así debe ser, está bien que así sea.

La memoria puesta a trabajar en la reconstrucción de una vida no deja de sorprender en su nitidez: frases exactas son recuperadas en todo el fulgor que tuvieron en su momento y en el destello que arrastraron con los años. Y así, después de recuperar lo que le dijera su suegra al verla llorar por su hermana en el año nuevo del 77, o la pregunta de un policía de la federal por su pasaporte y el de su hijo, o el comentario de Sonia Mattalia sobre su capacidad de armar casa en condiciones adversas, llega el tercer capítulo, “Lovaina era una fiesta”, la historia de un recomienzo, la de su vida académica y “civil”, del otro lado del mundo. La diáspora latinoamericana, los cambios lingüísticos en la universidad, el barrio, los trabajos para mantenerse mientras se siguen los estudios, las diferencias entre los propios migrantes y la tierra contra los argentinos:

Ese prejuicio, como todos, tiene asidero y al convivir entre latinoamericanos he comprobado qué es lo que provoca aprensiones o irrita, según los casos. Nunca me sentí ni me comporté como «ciudadana de segunda categoría» en ningún lado y creo que lo mismo les pasó a otros argentinos que conocí aquí. Elisabeth Díaz me dijo una vez en La Habana que los cubanos eran considerados arrogantes y que los llamaban «los

argentinitos del Caribe»: «es el or-gu-llo, chica». Pero no me parece que sea lo mismo. Orgullo, en el sentido cubano, es lo que te queda cuando sentís que te han quitado todo y seguís con la cabeza alta y luchando. Nosotros, en cambio, vamos por el mundo convencidos de que no nos falta nada aunque andemos con una mano atrás y otra adelante (23).

Y, siempre y a pesar de todo, el rescate de la solidaridad entre pares, parte también de aquella ética que ilumina desde el subtítulo. Y que aparece, acto seguido, también en esta anécdota magistral de nacionalización de recursos o reparación histórica, plena de humor y lucidez, quizás sinónimos en LRC:

La beca de Alfredo no llegaba pero tenía una enorme bolsa que disimulaba bajo el abrigo a la que llamaba «la beca» —la palabra en francés es bourse para las dos cosas—, porque le daba de comer. Con otros amigos, se llevaba comida de los supermercados y la repartía después como Robin Hood. Sostenían además que no era un robo sino una forma de «hurto famélico» (sustracción de productos de primera necesidad por un individuo sin emplear los medios de violencia física o moral) y lo llamaban «nacionalización». El 24 de diciembre lo sorprendió un agente de seguridad del supermercado y lo llevó a la oficina del gerente. Alfredo les hizo una descripción tal de su situación —y del incumplimiento de la universidad que lo había traído con su familia sin darle los medios prometidos— que no llamaron a la policía, sino que le dieron hasta la hora del cierre para juntar el dinero y pagar lo que se estaba llevando. Los latinoamericanos estábamos aureolados de romanticismo por la imagen del Che de Alberto Korda y los golpes militares: para un africano o marroquí la situación hubiera sido muy distinta. Al gerente le quedó, sin embargo, una piedra en el zapato. «Entiendo que quiera darle a su familia algo para celebrar Navidad, no debe ser fácil su situación. ¡Pero usted se está llevando un champagne que ni yo me puedo pagar!». He comprobado muchas veces que el síntoma inequívoco de una mentalidad de derecha que se ignora es que le fastidia que los «asistidos» tengan gustos caros. Todos colaboramos en pagar la factura y esa noche Alfredo pidió un brindis «¡con el Veuve Clicquot cosecha 1975 que ni el gerente del supermercado puede pagar!» (24).

Solo retroceder para tomar impulso, dice la consigna. Y, así, en el cuarto capítulo, “Genealogías”, Rodríguez Carranza recupera la figura de su padre, autodidacta brillante, “uno de esos personajes hábiles para hacer cualquier cosa” (26), maestro y restaurador, y la de Simón Leclef, monje benedictino belga, espía británico, confesor de la reina Elizabeth de Bélgica, sobreviviente de milagro de Dunkerque y mil vidas más. Ambos, por esos avatares del siglo XX, se encuentran en la tarea de restaurar la Capilla de San Antonio, en Valle Hermoso. El monje retoma los hábitos y es adoptado por la familia de la (auto)biógrafa en su casita. Será una persona fundamental para su vida, su educación sentimental e intelectual, su porvenir en el comienzo del exilio. Fue él quien, ante la desbandada del matrimonio de sus padres, coloca a las hermanas en un internado, donde Luz adquirió un hábito que conserva hasta el día de hoy:

«Hice casita» en el colegio inmenso con sus mil recovecos, incluida la misteriosa zona de la clausura porque disponía de cajas de novelas que me mandaba el abuelo a mi pedido. Las que me gustaban más las leía varias veces, alterando el orden de los capítulos, como hacía con los volúmenes del Tesoro de la Juventud y con las enciclopedias de la biblioteca del colegio. Siempre leí así y Rayuela, más tarde, me pareció completamente normal. Por las noches, en el dormitorio, les contaba las novelas a las otras. Ahora que lo pienso, no hice otra cosa durante toda mi vida después (29).

Contar las novelas a los otros, compartirlas, compartir la narración, hacer al otro parte, como con su propia vida, que seguimos aquí, en *No hay plazo que no se cumpla. Ética de un exilio*. Pero, también, compartir las marcas del cuerpo, como ese hueco que su cuerpo adoptó para recibir el abrazo de una de sus tres amigas de allí, que aún guarda y recuerda porque, deducimos, el cuerpo tiene su propia memoria.

La autoexigencia y el mandato de “ser capaces de aguantar cualquier cosa” (31) y, al mismo tiempo, “servir a los demás” (31) vienen de esa educación clausular a cargo de monjas, al decir de LRC, “muy progres” (30). Y eso, y sobre todo su ética personal, también aparecen en los dos últimos capítulos, de nombres similares, de cartografías cercanas, “Leuven” y “Leiden”, ciudades ambas del desarrollo intelectual de LRC. Sus lecturas, sus becarios, sus peleas intelectuales y administrativas, los dimes y diretes de la rosca universitaria. A partir del momento en que hace del exilio una casa, en que decide para sí quedarse allá, en Bélgica primero, en Holanda después, hará de los estudios latinoamericanos su causa, una forma de seguir en contacto. América Latina une a los exiliados en una patria común, mayor, con sus diferencias y similitudes, y Luz, como recuerda con su extraordinaria memoria para las palabras que le dijeron, guardará la lealtad de los militantes a esa causa, la causa latinoamericanista, mirada ajena al supremacismo europeo que despreciaba a los habitantes de sus colonias como subhumanos.

Al repasar su historia, en *este* relato que va tejiendo, Luz Rodríguez Carranza reflexiona también sobre esos acontecimientos y sus puntos de fuga. Las consecuencias, si no descubiertas antes, se dejan ver solo ahora: *corsi e ricorsi*. La historia está viva. Y el exilio, muchas veces, le quitó la oportunidad de estar allí, donde una parte de su historia se seguía desarrollando, en ese mundo paralelo. Esas otras muertes que ahora comenta y en las que no estuvo de cuerpo presente, por las que se lamenta, inauguran otro tiempo y lugar, en el que todo llega diferido, tarde, después, y resuena distinto. Pero aún así resuena, a su modo, resuena. La culpa aparece, atesorada y alimentada. Parte de un proceso en que, tomando prestadas las palabras de María Moreno, “permite dejar de ser la herida para convertirse en su observación” (38).

Luz Rodríguez Carranza bien podría asociarse con eso que Piglia llamó la “extradición”, que “supone una relación forzada con un país extranjero pero también con el propio país” (2014: 148), cercana a la mirada estrábica que detectaba ya en Echeverría y que constituiría una tradición en sí, en que se trabaja con dos realidades, en dos contextos, a menudo en dos lenguas. Y si, al volver a Bélgica, después de una estadía en Florianópolis, y ver que habían demolido el conjunto de edificios donde había funcionado el Departamento de América Latina, llegó a pensar para sí “de mi trabajo solo quedaba polvo” (53), también comprendió que su trabajo no se desarrolló exclusivamente en el espacio, en ese y en tantos otros espacios, sino en el tiempo, en la cantidad enorme de becarios que tuvo y de colegas con los que trabajo y cuya ética continúan ejerciendo, en el efecto subterráneo de guerrilla que tiene todo pensamiento militante. La constancia es una ética. Ética que llevó adelante tanto su hermana, Manú, como ella misma. Porque, como afirma el comisario Croce, y vuelvo al último Piglia, “la cuestión no es lo que el mundo hace con uno, sino cómo uno es capaz de enfrentar el horror y el horror y el horror del mundo, sin capitular” (2018: 34).

Hacia el final, leemos: “Se acaba el testimonio del exilio y se acaba el exilio gracias al testimonio” (55). Exilio y testimonio es un par indisociable, no hay el uno sin el otro. En el medio, aquella ética, que no se acaba, queda en pie, más allá o más acá de toda deuda posible de una vida porque, precisamente, esta vida, se definió, con justicia, como una ética.

Referencias bibliográficas

- Ferro, Gabo (2009). *Boca arriba*. Buenos Aires: Costurera Carpintero y Oui-Oui records.
- Patiño, Roxana (2004). “Un testimonio *fiado*”. En Rodríguez Carranza, Luz. *No hay plazo que no se cumpla. Ética de un exilio*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral. Pp. 3-5.
- Piglia, Ricardo (2014). “La extradición”. En *Antología personal*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Piglia, Ricardo (2018). *Los casos del comisario Croce*. Buenos Aires: Anagrama.
- Real Academia Española (2024). “Ético, ca”. En *Diccionario de la lengua española*. Disponible en: <https://dle.rae.es/%C3%A9tico>. Fecha de visualización: 5 de enero.